

La duración de la vida del león es de unos treinta á cuarenta años. Mata ó devora por valor anual de unos 6,000 francos en caballos, mulas, bueyes, camellos y carneros; suponiendo, pues, que el promedio de la vida de aquella fiera es de treinta y cinco años, cada león cuesta á los árabes 210,000 francos.

Los treinta leones que vagan por la provincia de Constantina, y que una vez desaparecidos serán reemplazados por otros procedentes de Túnez ó de Marruecos, causan daños sin cuento. En las regiones donde yo cazo habitualmente, el árabe paga al Estado 5 francos de impuestos y 50 al león.

Los indígenas han despoblado la mitad de las selvas y florestas, para ahuyentar las feroces alimañas.

La autoridad francesa, afanosa de poner coto á estos incendios que amenazan las selvas y bosques de una destrucción completa, impone severos castigos á los árabes incendiarios.

¿Qué acontece? Que los árabes hacen un fondo común para pagar tales multas, y siguen los incendios.

Los rasgos más salientes del león son: la pereza, la impasibilidad y la audacia; por lo que atañe á su nobleza, recordaré el proverbio árabe que dice: «cuando salgas para un viaje, no vayas solo, y prepara tus armas como si tuvieras que hallarte frente á frente con el león.»

Nadie ignora que el león pertenece á la especie felina, y, cosa singular, los naturalistas más conspicuos que han escrito sobre aquel animal, le han tratado como viviendo siempre en pleno día, y no han rasgado el velo que encubrió sus hábitos nocturnos.

Á fines de Enero suele tener lugar el coloquio amoroso entre leones y leonas. Como la dentición ocasiona la muerte á un gran número de hembras, los machos son una tercera parte más numerosos que las hembras. No es raro, pues, hallar á una leona asediada por tres ó cuatro pretendientes, peleando con furor entre sí, hasta que, aburrida de semejante escena, se dirige al encuentro de un viejo y valeroso león, que con sus garras libra á la hembra de aquellos importunos.

Tras semejantes proezas, el león sacude ruidosamente sus melenas, y se tiende á los pies de la leona, que, en premio á sus servicios, le lame con cariño las heridas que ha recibido por ella.

Cuando los adversarios son adultos y fuertes, las cosas no pasan de esta suerte. Un árabe de la tribu de Kesenna, me narró un terrible combate que había presenciado.

Era la época del celo de los ciervos. Mohammed, diestro cazador, una noche alumbrada por un magní-

fico claro de luna, se hallaba apostado oculto entre las altas ramas de una encina, esperando á un venado que había visto rodar por aquellos sitios en compañía de varios ciervos. El árbol en que estaba subido se hallaba situado en la linde de un sendero y en el centro de una vasta planicie.

Sería la mitad de la noche, cuando vió llegar á una leona seguida de un león de gran melena. La leona se tendió á los pies de la encina, mientras que el león, preso de inquietud, estaba en actitud de escucha.

Mohammed oyó entonces un rugido lejano apenas perceptible, al que contestó la leona. El león de lenguas melenas comenzó á su vez á rugir de un modo tan estruendoso, que, sobresaltado el cazador, dejó caer de sus manos el fusil, y tuvo que agarrarse á las ramas para no caer. Á medida que el animal se acercaba, la leona rugía más estrepitosamente; y el león, furioso, saltaba del sendero á la leona, como para imponerle silencio, y de aquella al sendero, como diciéndole: «que venga; le aguardo.»

Una hora después, un león negro como un jabali apareció á lo lejos. La leona se levantó para dirigirse hacia él; pero el león, que adivinó su intención, corrió al encuentro de su enemigo. Ambos contendientes se pararon un instante para tomar aliento, y después saltaron á la vez uno contra otro, con tal violencia, que rodaron por el suelo. La lucha fué larga y espantosa; crujieron los huesos, brotó la sangre de los fieros animales, y los ecos repercutieron sus rugidos, sordos unas veces, con gran estrépito otras, expresión de terribles cóleras y dolores.

Extraño cuadro: al comenzar la lucha, la leona se había tendido, y parecía orgullosa y satisfecha de aquel sangriento espectáculo. Cuando todo acabó, se acercó á olfatear los dos cadáveres, y se alejó tranquilamente.

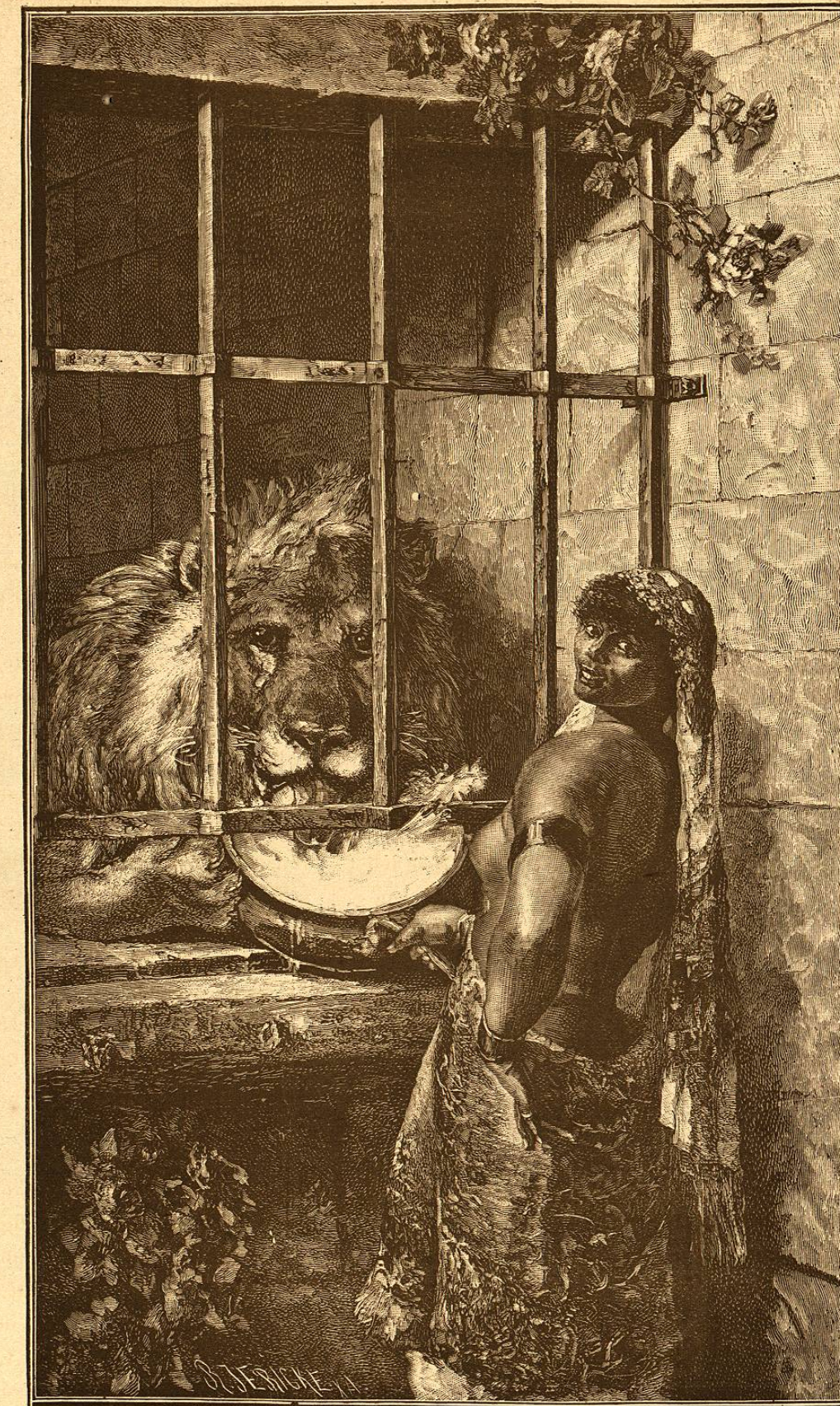
El león es mucho más fiel que la leona, y profesa á su compañera una afección digna de mejor galardón y suerte. Cuando la pareja leonina abandona su guarida, la leona va delante, y cuando se para se detiene también el león. Llegados cerca del aduar que debe proporcionarles botín, la leona se tiende, mientras su compañero se lanza sobre su presa. Cuando el león ha regresado sano y salvo junto á la leona, regala á ésta y contempla en alborozada beatitud como satisface su voracidad, y vigila que nada turbe su reposo; y hasta tanto que la leona no ha terminado su festín no prueba bocado el león.

La hembra suele, por punto general, dar á luz á los cachorros á fines de Diciembre ó principios de Enero,

y busca en aquellos momentos un barranco impenetrable, aislado, para depositar el fruto de sus amores. Los alumbramientos varían de uno á tres cachorros, según la edad y fuerza de los leones; pero ordinariamente son dos; un macho y una hembra. Durante los primeros días que siguen al nacimiento de los cachorros, la madre no los abandona un solo instante, y el padre provee sus necesidades. Cuando los cachorros han alcanzado los tres meses, y pasado la crisis de la dentición, mortal para gran número de aquellos animales, la madre los alimenta con carnero partido en menudos pedazos. El león suele, en semejantes trances, fijar su guarida en un lugar vecino, dispuesto á acudir á socorrer á su familia.

Los árabes, que conocen que ha salido la leona del estado de preñez, entre otras señales por el ganado que les roba, y que sigue diariamente el mismo camino, aprovechan el momento en que la leona se ausenta para arrebatar á los cachorros. Para lograrlo, se apostan durante días enteros en una altura, ó encaramados en un árbol que domine la guarida; y así que notan que la leona se ha alejado, y seguros de que el macho no está junto á sus hijos, se deslizan cautelosamente hasta llegar á ellos, y los envuelven con el alboroz para ahogar sus gritos. Como es fácil suponer, semejantes empresas suelen acarrear graves riesgos y quebrantos, y aun la muerte de los raptos.

Tomo II.—Caza mayor y menor



El señor del desierto, cautivo

El cazador de leones Chassaing ha escrito también varias curiosas observaciones acerca de las costumbres y hábitos de aquellas feroces alimañas.

«Gran número de naturalistas,—dice,—se han ocupado del león, pero es evidente que los ejemplares que

aquéllos han visto, eran animales reducidos á la esclavitud.

Pero yo hablo sólo del león salvaje que puebla las grandes selvas, ruge en las altas cimas, desafía al hombre y destroza los ganados; del león no enervado por la servidumbre, que tantas veces he admirado en las tierras africanas.

Es, en verdad, un noble é interesante estudio el de la naturaleza de aquel salvaje soberano, ya sea siguiendo paso á paso todas sus correrías, en que persigue sin descanso, de bosque en bosque, de montaña en montaña, de barranco en barranco, las piaras de jabalíes; ya viéndole lanzarse de un modo audaz en medio de los aduares y tribus, sembrando por doquier el espanto y la carnicería; ya sea, en fin, viéndole usar multitud de artificios para asegurar su presa.

Dígase lo que se quiera, el león mata por instinto más que por necesidad; la sangre le embriaga. Vedle rodeado de víctimas, y entonces su alborozo llega al colmo, yendo de una á otra; y si el hambre no le aguijonea se contenta con beber ávidamente la sangre. Si la necesidad le excita, destroza con sus dientes y come abundantemente; y si abandona á su presa no es por desdén ú orgullo, como suponen algunos escritores, sino porque ha saciado ya su voracidad.

Suele algunas veces volver durante cinco ó seis días junto á la víctima, hasta que el cuerpo de ésta empieza á corromperse, y entonces la repugnancia obliga al león á abandonar los asquerosos restos.

Verdad es que el león no vuelve siempre junto á la víctima, y entonces al retirarse hace nuevos destrozos para saciar su desordenado apetito; pero esto es una excepción, que no justifica en manera alguna las observaciones de ciertos viajeros y naturalistas, diciendo que el león no vuelve más al lado de su presa.

Es sobrado orgulloso y noble, dicen, y abandona los restos de su víctima á la voracidad del chacal y de la hiena, etc.

El león,—añade Chassaing,—habita con preferencia los grandes bosques sembrados de maleza espesísima, que abandona casi sólo de noche, para ir en busca de su sustento; sigue habitualmente los caminos y senderos, y sólo cuando se ve molestado ó perseguido camina á través de los bosques.

El león se anuncia lanzando fuertes rugidos cuando abandona su guarida, y enmudece para no denunciar su presencia cuando llega cerca de los aduares.

Avanza sigilosamente el felino, unas veces saltando, otras arrastrándose por el suelo, percibiendo el menor ruido y ojeando todos los matorrales. Cuando los pe-

rros, estos guardianes fieles del hombre, le han olfateado y descubierto que se aproxima, lanzando furiosos ladridos, los árabes salen presurosos de sus tiendas, profiriendo voces, arrojando piedras y golpeando los árboles con sus bastones.

El león, que se ve descubierto, se retira y cambia de táctica; espera que todo este ruido cese y se restablezca la calma, y cuando sus enemigos se han tranquilizado y creen que la feroz alimaña se halla lejos, vuelve ésta de improviso, franquea de un salto todos los fosos y barreras, se apodera de su presa y se aleja antes que los árabes tengan tiempo de tener aviso de esta nueva irrupción por los ladridos de los perros.

Las empalizadas dentro de las cuales se hallan encerrados los rebaños miden generalmente una elevación de 250 metros á 3; y puede por ello juzgarse cuál será la pasmosa agilidad y la fuerza del león que salva fácilmente este obstáculo cargado de su presa.

Cuando un primer escamoteo no ha bastado al león para satisfacer el hambre que le aguijonea, comienza de nuevo sus maniobras y se presenta en el campo de sus adversarios. Poca mella hacen en la fiera los insultos que le prodigan los árabes llamándole judío, *yudy*, cristiano, *rumi*, y las piedras que le arrojan con hondas; pues continúa su retirada sin abandonar á su pobre víctima. Los perros, que siguen ladrando desde el interior de las tiendas, ó bien metidos entre las piernas de sus dueños, no se atreven á disputar su presa al león.

Suele alguna vez acontecer, bien que por rara excepción, que la fiera, sorprendida, no ha podido arrebatar presa alguna; pero siempre quedan huellas sangrientas de las algaradas del león, que deja sembrado el suelo del aduar de cadáveres.

Es imposible que el león coma todos los animales que mata; y, una vez saciado, cesa en el festín, lo que no impide que destroce con sus garras á todos los animales que halla á su paso. Es que el león se embriaga con la sangre y goza entre la carnicería.

El león ataca rara vez en la llanura á los caballos, bueyes y mulas; pero si estos animales andan perdidos, ó pastan en los grandes bosques, es seguro que serán víctimas del señor de las selvas.

En el mes de Marzo de 1859 fui testigo de la siguiente escena en El-Mader:

Descendían rebaños brincando entre los riscos de la montaña para entrar en el aduar, cuando fueron asaltados en un montículo por un enorme león. La fiera atravesó el rebaño por el centro, sembrando el espanto y la confusión; carneros, cabras, caballos y mulas emprendieron desordenada fuga.



Árabe en accho

Una mitad pudo ganar la llanura y escapar de las terribles garras del destructor; pero la otra mitad, separada por la maniobra del león, había emprendido la fuga hacia la cima de la montaña, y al día siguiente yacían en el suelo cuarenta y cinco cadáveres.

Al visitar aquel campo de batalla hallé, además de las huellas de un león, las de una leona y de un cachorro; y, en verdad, no me admiró, puesto que un solo león no podía haber realizado tan grande carnicería.

Creen muchos que el león establece su guarida en las cavernas ó entre las hendiduras de las rocas, y es un error; pues aquella fiera, segura de su fuerza y que no ha de temer el ataque de ningún animal, escoge sencillamente para su retiro la espesura donde el hombre osado puede ir á su encuentro.

El león no sacude la pereza y no renuncia á su afición al reposo sino aguijoneado por el hambre; y, fiado en su valor, no se toma el trabajo de labrarse una guarida. Si fuera posible al cazador seguir las huellas del león, disimulando el ruido de sus pasos y el roce y crujido de las ramas que encuentra á su paso, podría fácilmente sorprender en su sueño á la feroz alimaña.

He notado que el león absorbe una cantidad considerable de tierra arcillosa. ¿Usa acaso este ingrediente como digestivo ó purgante? No lo sé. Pero sí puedo decir que varias veces he hallado en los antros del león sustancias pancreáticas, vomitadas por el felino, en que se hallaban trazas de aquella sustancia. Como el estómago del león no es apropiado para di-